

El acontecimiento, clave para el análisis del tiempo presente

MICHEL TREBITSCH
IHTP-CNRS. París

Me gustaría, ante todo, agradecerles la ocasión que se me ofrece aquí de proseguir una reflexión abordada desde hace algunos años, primeramente sobre la noción de historia contemporánea y después sobre la de historia del tiempo presente, y que he tratado ya en 1995 en el seminario de DEA «Historia e historiografía del tiempo presente» organizado por el IHTP en la ENS de Cachan ¹.

La cuestión del acontecimiento es casi constitutiva en toda elaboración teórica sobre la historia del tiempo presente, según subrayaban los responsables del seminario de método «Historia Política y Ciencias Sociales» que se desarrolló en el IHTP en 1988-1990 ². Pero al mismo tiempo, salvo que nos atenemos a una definición muy poco pragmática del siglo xx como «siglo de la contingencia», resulta bastante difícil trazar las líneas de esta teorización ³. Esto se ha podido constatar a propósito de las Jornadas de estudios «Écrire l'Histoire du Temps Présent» que se celebraron en homenaje a François Bédarida ⁴. La historia del tiempo presente continúa dudando entre considerarse a sí misma como una simple extensión del campo histórico (definición disciplinar), o insistir en la originalidad del presente; sigue dudando entre los lí-

¹ Cfr. M. Trebitsch, *L'Histoire contemporaine: quelques notes sur une histoire énigmatique*, in O. Demoulin y R. Valéry (dirs.), *Périodes. La construction du temps historique*. París, Editions de l'EHESS et Histoire au Présent. 1991, pp. 135-144. También *La quarantaine et l'an quarante. Hypothèses sur l'étymologie du temps présent*, in R. Frank (dir.), *Écrire l'Histoire du temps Présent*, París, CNRS-Éditions, 1993, pp. 63-76.

Las siglas IHTP, CNRS, DEA y ENS significan respectivamente «Institut d'Histoire du Temps Présent», «Centre Nationale pour la Recherche Scientifique», «Diplome d'Études Approfondies» y «École Normale Supérieure» (Nota del traductor).

² D. Pechanski, M. Pollack y H. Rouso (dir.), *Histoire politique et sciences sociales*. CHAIERS DE L'IHTP, n.º 18, juin 1991.

³ R. Rémond, *Le siècle de la contingence*. VINGTIÈME SIÈCLE. REVUE D'HISTOIRE, n.º 1, enero de 1984, pp. 97-103.

⁴ IHTP, *Écrire l'histoire du temps présent*, *op. cit.*

mites cronológicos que no existirán más que por convención, límites móviles, determinados por factores externos a la temporalidad misma —el acceso a los archivos, la presencia de testigos vivos, la existencia de una memoria viviente— y las tentativas de determinar reorientaciones y rupturas. Roza el artificio cuando pretende reintroducir la «larga duración» del «tiempo presente». De lo cual se desprende una retahíla de cronologías contradictorias e ignorantes las unas de las otras. ¿Es la Segunda Guerra Mundial la «matriz» de nuestro tiempo presente? ¿Es necesario sustituir la cesura que representa la Primera Guerra Mundial o, al contrario, hacer pender todo de un antes-después de 1989 en la clásica historia contemporánea, tras la caída del muro de Berlín?

1. EL ACONTECIMIENTO Y LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Un *acontecimiento*, en el diccionario, es etimológicamente lo que ocurre, adviene, aparece o desaparece, y es funcionalmente «todo lo que ocurre y que tiene alguna importancia para el hombre». Un cataclismo natural es un acontecimiento, mientras que se dice también que un nacimiento es un feliz acontecimiento. Feliz o trágico, colectivo o individual, público o privado, un acontecimiento es, pues, lo que se *distingue* de la trama normal de los trabajos y los días. Así, un acontecimiento es humano por naturaleza y nos reenvía a una doble temporalidad si su singularidad viene a perturbar los grandes ciclos cósmicos o meteorológicos. Se esboza una tipología que diferencia los acontecimientos según su intensidad, su carácter rutinario o inopinado, su intencionalidad, sus efectos benéficos o funestos.

¿Qué es, pues, un acontecimiento histórico? Se trata de una pregunta que es preciso descomponer en dos: ¿qué es lo que es histórico en un acontecimiento?, ¿cómo leer - y puede decirse leer - un acontecimiento, todo acontecimiento, incluso el más reciente, ejerciendo de historiador? Las cosas serían quizás más simples, abarcando no solamente la polisemia de la noción de acontecimiento histórico sino también su particular relación con la historia del tiempo presente, si dispusiéramos en francés de una distinción tan clara como la del alemán entre *Geschichte*, la historia que se produce, e *Historie*, la historia que se escribe. El historiador de la Antigüedad, el de la Edad Media, manejan siglos, incluso milenios; por definición, la historia del tiempo presente trabaja sobre el «tiempo corto», el de un espacio cronológico, cualesquiera que sean sus límites, bastante breve, que la constriñe a ser «événementielle» (acontecimental o eventual), haciendo difícil u opaca una aproximación de larga duración. Observación ésta banal, pero esencial, si se la relaciona con la doble singularidad del «acontecimiento de tiempo presente» tal como fue señalada en el artículo clásico de Pierre Nora: su novedad radical en relación con los periodos ante-

riores y la significación inédita que le ha conferido el profundo cambio de la historiografía⁵.

Si, desde el punto de vista de la *Geschichte*, el acontecimiento contemporáneo aparece como nuevo por su cantidad, por la circulación acelerada y la teatralización que le confieren los *medios*, desde el punto de vista de la *Historie*, el «regreso del acontecimiento» es el producto de una aventura historiográfica que me parece indispensable reconstruir aquí para comenzar. Le han ocurrido al acontecimiento en Historia las mismas aventuras que al «hecho» durkheimiano en la Sociología: en gran parte el devenir historiográfico del siglo XX se ha renovado actuando en contra de la dominación del acontecimiento.

1) El acontecimiento había sido el fundamento de toda la escuela crítica desde finales del siglo XIX. La historia «acontecimental» como ciencia de las singularidades no repetibles, caracterizada por el primado de la política y de la psicología individual. El hecho histórico aparece ante esta escuela como un dato y el trabajo histórico se reduce, en consecuencia, partiendo de la crítica de los documentos, a disponer los hechos según un orden (orígenes o causas, profundas o directas, consecuencias) que identifica causalidad y cronología: «basta de alguna manera dejarse llevar por los documentos, leídos uno después del otro, tal como se nos ofrecen, para ver reconstituirse la cadena de los hechos casi automáticamente» escribía Louis Halphen en 1946 en su *Introducción a la Historia*.

2) Fue precisamente contra esta historia que se construyó el discurso de los *Annales*, que ponía el acento sobre la primacía de los hechos repetitivos, económicos, seriales y no psicológicos. Desacreditado e incluso excomulgado por la «larga duración» braudeliana, asimilado a lo accidental por la «Historia inmóvil», lo «acontecimental» se vacía casi de toda significación histórica⁶. Más moderadamente, Braudel había puesto en escena en su tesis sobre *El Mediterráneo* (1949) una duración en tres dimensiones: la larga duración de las relaciones entre el hombre y el medio (estructuras), los ritmos cíclicos de las economías y las sociedades (coyunturas), el «tiempo corto», superficial, del acontecimiento.

De esta crítica de los *Annales* permanecen dos adquisiciones fundamentales, resumidas por Krzysztof Pomian en *El orden del tiempo*. La tripartición del tiempo histórico no opone solamente la larga duración al tiempo corto, sino que permite definir dos modos de sucesión de acontecimientos: los *cambios reversibles*, inversiones de tendencias en el plano de las coyunturas y los *cambios irreversibles* (revoluciones), que afectan a las estructuras. De estos dos modos

⁵ P. Nora, *Le retour de l'événement*, en *Faire de l'Histoire*, París, Gallimard, 1974, t. 1, pp. 210-228. (Existe traducción castellana.)

⁶ F. Braudel, *Histoire et sciences sociales: la longue durée*. ANNALES ESC, XIII, n.º 4, diciembre 1958 (reimpreso en *Écrits sur l'Histoire*, París, Flammarion, 1969, reed. 1984, col. «Champs», p. 41-84). (Existe versión española en *La Historia y las Ciencias Sociales*. Madrid, Alianza Editorial, 1969.)

se deduce, por otra parte, una oposición entre sociedades «frías», antiguas, tradicionales, pobres tanto en acontecimientos como en bienes, y sociedades «calientes», contemporáneas, ricas en ambas cosas⁷.

3) A partir de los años 1970-1980, la puesta de nuevo en cuestión de los grandes sistemas explicativos y de las modelizaciones duras ha favorecido, entre otros «retornos», el «retorno del acontecimiento» (E. Morin), pero un acontecimiento de naturaleza distinta al de la historia «acontecimental» descalificado por la larga duración braudelina, después de que unas primeras iniciativas manifestasen precisamente la tentativa de reconciliar estructuras y acontecimientos⁸.

Tal cosa era, en efecto, el proyecto de *semántica histórica* de Reinhart Kosselleck, tal como puede leerse en su colección de artículos traducida al francés con el título de *Futur Passé*, y especialmente en el texto «Representación, acontecimiento y estructura»⁹. Para Kosselleck, los acontecimientos no pueden ser más que *narrados* y las estructuras *descritas*. Ciertamente, la cronología natural constituye el «horizonte de sentido» del acontecimiento: «Es preciso mínimamente un antes y un después para constituir la unidad de sentido que hace de cada cosa que sucede un acontecimiento». Las estructuras por el contrario son fenómenos ciertamente anclados en la temporalidad, pero que exigen, en el plano metodológico, determinaciones funcionales. Las discontinuidades entre ambas cosas no se refieren, sin embargo, a su grado respectivo de «realidad»: para el conocimiento histórico, acontecimientos y estructuras son igualmente «concretos» y «abstractos», permanecen retenidos en la ficción de la «facticidad», siendo la realidad misma algo que siempre es ya pasado. En tal sentido, el acontecimiento puede ser definido como una *estructura diacrónica*, con secuencias y escenarios susceptibles de ser tipologizados y comparados: no es la singularidad o el carácter repetitivo eventual lo que caracteriza un acontecimiento, sino el valor y el espesor de sus enunciados estructurales posibles.

En Francia, la reflexión sobre el acontecimiento se ha reformulado en torno a la *tentativa hermenéutica* de Paul Ricoeur, especialmente tras *Tiempo y Narración*¹⁰. Para la hermenéutica, entre el tiempo cósmico y el tiempo íntimo de la experiencia se desprende un «tercer tiempo», el tiempo narrado por el histo-

⁷ K. Pomian, *L'ordre du temps*. París, Gallimard, 1984. Col. «Bibliothèque des histoires» (Existe traducción castellana).

⁸ *L'événement*. COMMUNICATIONS, n.º 18, 1972. R. Kosselleck (dir.), *Geschichte – Ereignis und Erzählung*. Munich, 1973

⁹ R. Kosselleck, *Le Futur Passé, contribution a une sémantique des temps historiques*. París, EHESS, 1990. (El lector puede arriesgarse a leer ese libro fundamental de Kosselleck en una espantosa traducción castellana de Editorial Paidós). (Nota del traductor).

¹⁰ P. Ricoeur, *Temps et récit*, 3 vol. París, Seuil, 1983-1985. Cfr. F. Dosse, *Paul Ricoeur révolutionne l'Histoire*, en *Le temps réfléchi. L'Histoire au risque des historiens*. ESPACES TEMPS, n.ºs 59-60-61, 1995.

riador, el único que fundamenta el acontecer histórico. Ricoeur integra en cierta manera en su misma definición las fases historiográficas anteriores. De tal forma, al acontecimiento «infrasinificativo», puramente descriptivo, de la tradición positivista, y al «sentido globalizante» casi vaciado de todo lo «acontecimental» que presenta la historia estructural, les sustituye un acontecimiento «sobresinificativo» en el sentido de que no existe en estado bruto sino que es siempre el resultado de una narración, de un discurso, de una representación, de una construcción narrativa constitutiva de una identidad fundamentadora¹¹. La distinción entre memoria e historia se esfuma o más bien se desplaza: es la narración, la de los testigos o los historiadores, la que pone en orden el sentido del acontecimiento. Lejos de ser la aporía heideggeriana del «horizonte trascendental del ser», la experiencia temporal en Ricoeur no existe sino en tanto que es contada, narrada: la narración es «la guardiana del tiempo» y la operación histórica está, por definición, sujeta a una intriga.

De la misma forma en que el «hecho» es deconstruido y reconstruido por la operación sociológica, el acontecimiento es deconstruido y reconstruido por la operación histórica. Con él no es la psicología la que retorna sino el análisis de los personajes, de los roles, de los «actuantes», no es la historia política la que regresa sino el análisis del poder, de la decisión, del conflicto, no regresa la singularidad sino la introducción, por ejemplo, en torno a la noción de crisis, de la probabilidad, la complejidad. No tengo aquí tiempo, ni competencia, para hacer otra cosa que señalar el diálogo que se ha instituido entre Ricoeur y la filosofía analítica, notablemente el debate con Donald Davidson acerca de la tentativa de éste de construir una ontología de los acontecimientos, considerados como entidades de base del mundo de la misma manera que los objetos, la propiedad o las personas¹².

Me limitaré a señalar que la doble aportación de la semántica histórica y de la hermenéutica parece haber reabierto la vía de una aproximación estructural al acontecimiento e igualmente de una «historia social de los acontecimientos históricos», tal como se propone en un artículo muy reciente en *Annales*¹³. Sobre todo, al operarse el desplazamiento desde las estructuras o el relato al análisis de la acción, se encuentra el refuerzo de la *sociología de la acción*, que propone una aproximación constructivista según la cual el acontecimiento aparece como el producto de un juego de interacciones entre una pluralidad de actores y agentes¹⁴. Tal aproximación provoca doblemente al historiador. Por una parte, la insistencia que se pone en la acción tiende a poner en cuestión de nue-

¹¹ P. Ricoeur, *Le retour de l'événement, in 1789 l'Événement* (Convegno Internazionale, Firenze, 5-8 giugno 1989). *Mélanges de l'Ecole Française de Rome - Italie et Méditerranée*, t. 104, 1992-1.

¹² D. Davidson: *Actions et événements*, trad. Française, Paris, PUF, 1994.

¹³ A. Suter, *Histoire sociales et événements historiques. Pour une nouvelle approche*. ANNALES ESC, n.º 3, mayo-junio 1997, pp. 543-567.

¹⁴ E. Neveu y L. Quére (dirs.), *Le temps de l'événement*. RÉSEAUX (CNET), n.º 75, enero-febrero 1996 y n.º 76, marzo-abril 1996.

vo la relación misma del pasado, el presente y el futuro. Esto hace pensar en la tentativa de Bernard Lepetit de reintroducir un modelo temporal evitando la separación externa entre larga duración y tiempo corto en torno a la idea de que «el presente de la acción es el tiempo de la historia», y que la posición del historiador no es la de analizar el pasado, sino analizar el proceso histórico como un presente en deslizamiento¹⁵. Por la otra, es la idea, proveniente asimismo de *Annales*, desarrollada por Carlo Ginzburg y por Georges Duby (*El domingo de Bouvines*), de que el acontecimiento no es conocido más que por sus huellas. Dicho de otra forma, esa es la postura también de Kosselleck cuando habla de un espacio de experiencia, y la de que la función del historiador es, como ha escrito Pierre Nora, analizar no los acontecimientos mismos sino su construcción en el tiempo, no el pasado sino su reutilización.

2. ACONTECIMIENTO Y RÉGIMEN DE HISTORICIDAD

Desde los años 1970, varios otros Encuentros y publicaciones colectivas han abordado la cuestión del acontecimiento. Uno de los más interesantes, un coloquio internacional reunido en Florencia con ocasión del Bicentenario de la Revolución Francesa, tenía como rótulo «1789, el acontecimiento»¹⁶. 1789 es «el acontecimiento bendito para la historia historicista, casi fabricado a medida», subrayaba François Furet en su prefacio a *L'atelier de l'Histoire*¹⁷. Y ello es tanto más significativo por cuanto, para un buen número de historiadores, 1789 es el prototipo de una lectura renovada del acontecimiento, no solamente porque su riqueza de significado subraya la polisemia de la noción, sino porque conduce a una reflexión sobre la periodización y sobre el concepto de historia «moderna», «contemporánea», del «tiempo presente».

Me gustaría detenerme en una de las contribuciones a este coloquio, la de Hans-Jürgen Lüsebrinck, que intenta analizar la toma de la Bastilla como un «acontecimiento-símbolo», es decir, como referido a las características de un símbolo colectivo¹⁸. Pone de relieve la pluralidad semántica del acontecimiento: la Bastilla es a la vez una realidad y un emblema, cómodo de representar, apto para identificaciones inmediatas y posteriores, susceptible de una serie de expansiones metafóricas que lo asocian al despotismo, a la tiranía, a la destrucción de ella y a la libertad, al pueblo. Es esta plasticidad sim-

¹⁵ B. Lepetit, *Le présent de l'Histoire*, in B. Lepetit (dir.), *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*. París, Albin Michel, 1995, pp. 273-298.

¹⁶ 1789 *l'Événement...*, *op. cit.*, ver también Ph. Joutard (dir.), *l'Événement. Actes du colloque du centre méridional d'histoire sociale (1983)*, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, 1986; J.-L. Petit (dir.), *L'Événement en perspective*. París, EHESS, 1992, col. «Raisons pratiques»

¹⁷ F. Furet, *L'Atelier de l'histoire*. París, Flammarion, 1982.

¹⁸ H.-J. Lüsebrinck, *La prise de la Bastille: archéologie d'un événement-symbole*, in 1789, *l'Événement*, *op. cit.*, pp. 115-128.

bólica lo que hace posible la diversidad y, sobre todo, la persistencia a través de dos siglos de sus usos sociales y políticos. 1789 no es sólo «fecha memorable», incluso «acontecimiento ejemplar» (Maurice Agulhon) con función pedagógica. Es también acontecimiento inagotable. Yo relacionaría esta lectura con un texto más antiguo del filósofo Henri Lefebvre «¿*Qué es el pasado histórico?*», donde, al dar cuenta de la tesis de Albert Soboul sobre los «sans-culottes», definía la Revolución como un «fenómeno total», es decir, que no tiene fin¹⁹. Fenómeno total porque no contiene sólo lo actual, la serie de las actualizaciones y realizaciones en cada etapa de la evolución histórica, sino también lo posible, una noción excluida del discurso de los historiadores, o, de otra forma, los «contenidos» velados mucho tiempo que no emergen sino progresivamente y que pueden también hacer nacer a su alrededor nuevos posibles.

Se encuentra aquí paradójicamente una lectura bastante próxima de la de Furet. Para él, más que una materia de la historia moderna, 1789 es la figura principal, encarnando una modalidad de cambio, por la cual pasará en adelante todo el imaginario del tiempo histórico. 1789 hace emerger un nuevo campo conceptual dominado por la idea de cambio, de trastueque, que metamorfosea la noción misma (cíclica) de revolución. Es la misma reflexión que desarrolla Kosselleck en otros artículos de *Futuro pasado*. Después de 1789, subraya en «Criterios históricos del concepto de “revolución” de los Tiempos Modernos», la revolución deviene un concepto meta-histórico, principio regulador para el conocimiento y para la acción, acelerando el tiempo, trastocando la relación tanto con el futuro como con el pasado. Al analizar en «La semántica de los conceptos de movimiento en la modernidad» el doble movimiento de temporalización de la historia y de historización del tiempo, que él opone a la indiferencia ante el tiempo de las épocas precedentes, llega a interrogarse sobre la emergencia de un tiempo nuevo y sobre la distinción entre el concepto de «tiempos modernos» (*Neuzeit*) y de «época contemporánea» (*neue Zeit*, e incluso *neueste Zeit*).

Estas observaciones me parecen esenciales para caracterizar la adscripción del acontecimiento a la historia del tiempo presente, porque hacen del acontecimiento-Revolución Francesa el momento de la llegada de un *nuevo régimen de historicidad* que definiría propiamente a la historia contemporánea. El concepto de régimen de historicidad como experiencia del tiempo da cuenta de un «orden del tiempo» que, sin existir nunca en estado puro, permite y prohíbe pensar ciertas cosas y reformula y recicla permanentemente elementos anteriores relacionados con el tiempo. Elaborado por Reinhart Kosselleck, desarrollado por Krzysztof Pomian en *El orden del tiempo*, es retomado por François Hartog en un artículo reciente, «*Temps et histoire. Comment écrire l'Histoire de France?*»²⁰.

¹⁹ H. Lefebvre, *Qu'est-ce que le passé historique?* LES TEMPS MODERNES, n.º 161, julio 1959, pp. 166-169.

²⁰ F. Hartog, *Temps et Histoire. Comment écrire l'histoire de France?* ANNALES ESC, n.º 6, noviembre-diciembre 1995, pp. 1219-1236. Ver también K. Pomian, *L'ordre du temps*, op. cit.

La Revolución francesa hace emerger un nuevo tipo de «événementialité» haciendo que al «Antiguo Régimen del tiempo», en el que el pasado alumbraba el porvenir, le suceda un «Nuevo Régimen del tiempo», donde en adelante será el porvenir el que alumbrará el pasado, donde los acontecimientos no advienen ya más *en* el tiempo sino *a través* (*durch*) de él. Ella es, por tanto, la condición de nacimiento de «el acontecimiento moderno». Es en esta perspectiva en la que debe ser releído el artículo pionero de Pierre Nora «*Le retour de l'événement*». La mundialización, la integración de las sociedades en una historicidad de tipo occidental, la circulación generalizada de la percepción histórica bajo la forma de la actualidad, han hecho nacer un acontecimiento de nuevo tipo, en gran parte producido por los *mass-media*, que se metamorfosea en «acontecimiento monstruo», que atañe a todo el mundo, en directo, tanto más teatralizado en cuanto que pierde su significación intelectual, produciendo permanentemente lo nuevo, lo que testifica al mismo tiempo una transformación de la conciencia histórica que hace posible sólo ahora una historia contemporánea en el sentido propio del término.

Este nuevo estatuto del presente conduce a Hartog a definir el siglo xx como el tiempo del «presentismo». El pasado no es nada, no permanece más que en las huellas: es todo el fracaso de Roquentin en *La nausée*, que renuncia a escribir su libro de historia cuando descubre que no hay nunca sino «presente, nada más que el presente». El horizonte queda invadido por un presente que no cesa de producir y de consumir el acontecimiento, un presente sin futuro y sin pasado, o que los genera día a día según sus necesidades, soñando con un dominio del tiempo en el que estarían sus propios pasado y futuro, pero inquieto al mismo tiempo de su pasado (memoria, patrimonio, conmemoración) y de su futuro (previsiones)²¹. Para Jean Chesneaux, el advenimiento de una dictadura del presente tan amenazante como el eterno presente de *1984* de Orwell, circula simultáneamente con el culto de lo desechable y efímero, con el ascenso de lo virtual (bienes inmateriales, servicios terciarios), la reducción del tiempo a lo instantáneo, a un «tiempo real» inmovilizado, fosilizado en un eterno presente, desintegrando las otras dimensiones temporales y espaciales y circulando a la escala de una comunidad virtual mundial²².

El acontecimiento moderno no se produce y reproduce, pues, solamente en un presente de naturaleza inédita sino en una escala también sin precedentes, la de lo *mundial*. Es la ocasión, pues, de evocar las investigaciones de Zaïki Laïdi acerca de «la problemática del acontecimiento planetario»²³. Según él, no-

²¹ F. Hartog, «L'économie (médiatique) du présent ne cesse de produire et de consommer de l'événement. Mais avec cette particularité: le présent, au moment même où il se fait, désire se regarder comme déjà historique, comme déjà passé, se retournant en quelque sorte sur lui-même et anticipant le regard qu'on portera sur lui, quand il sera complètement passé».

²² J. Chesneaux, *Habiter le temps*. París, Bayard Editions, 1996. Ver también G. Deleuze, *L'image-temps*, París, Editions du Minuit, 1985; J. Toussaint Desanti, *Réflexions sur le temps*. París, Grasset, 1992; P. Virilio, *La vitesse de libération*, 1995; D. Janicaud, *Chronos*, 1997.

²³ Z. Laïdi (dir.), *Le temps mondial*. Bruxelles, Complexe, 1997.

sotros estaríamos justamente en trance de entrar en un «nuevo régimen de historicidad», posmoderna, caracterizada por el agotamiento de la regulación estática de la economía, la revolución del tiempo real, el hundimiento del sistema soviético, que marca así la victoria total del mercado y de lo que Edgar Morin llama la «caída del futuro». Se trataría de cambios irreversibles que concurrirían a la emergencia de un *tiempo mundial* que reorganizaría el conjunto de las temporalidades y de los espacios-tiempo. La urgencia y la proximidad, la reducción de la distancia, en tanto que modos de reconstrucción simbólica del tiempo, tenderían a la «desintermediación social» y, al mismo tiempo, a una lógica de la interactividad que rompería con una temporalidad lineal. Por todo ello, el tiempo mundial afecta al tiempo y al espacio locales (noción japonesa de la «globalización»), hasta el punto de modificar la relación entre interior y exterior, centro y periferia. Todo el problema estriba en saber si ese «tiempo mundial» es una mutación sustancial o un cambio de paradigma, o ambas cosas.

3. LA CONSTRUCCIÓN DEL ACONTECIMIENTO

¿Sería posible aplicar esta matriz de análisis del acontecimiento-símbolo definida por Lüsebrinck para 1789 a las grandes remodelaciones de 1989? Con esta cuestión aparentemente incongruente querría concluir mi ya larga exposición. Esta aproximación no es evidentemente gratuita: en 1989, mientras que el Bicentenario marca nuestro alejamiento del tiempo de las revoluciones, los acontecimientos imprevistos del Este de Europa nos hacen retomar en parte el repertorio simbólico heredado de 1789. La temática de la «caída de los muros» (Irlanda, Israel), a la vez referencia e inversión del símbolo de la Bastilla, participa de la misma riqueza semántica que éste asociando la materialidad del muro al «telón de acero», a la «prisión de los pueblos», al antagonismo totalitarismo/libertad, por no hablar del trasfondo bíblico de las murallas de Jericó o de la función muy directa de la imagen televisada. Toda la cuestión estriba en saber si 1989, a su vez, inaugura o cierra un régimen de historicidad, cuestión planteada por Hartog al evocar las crisis atravesadas por el «nuevo régimen» del tiempo identificado siempre con el himno al progreso, con la crisis a consecuencia de 1914 y hoy crisis del futuro dominado por el «discurso de los finales», fin de la revolución en Furet, fin de la Historia en Fukuyama.

Sin llegar a tanto, el «giro de 1989» ha tenido ya efectos sensibles. En 1988, un sondeo de la agencia SOFRES sobre «la memoria de los franceses desde hace veinte años», colocaba notablemente a la cabeza de los grandes acontecimientos la guerra Irak-Irán, los atentados terroristas, los acontecimientos de mayo de 1968²⁴. Es una banalidad decir que nueve años más tarde los términos han cambiado, no solamente en el punto de llegada sino en el punto de partida: 1989 pone en cuestión la jerarquía de los acontecimientos, pero

²⁴ *Le Monde*, 20 de enero de 1988.

sobre todo tiende a reconstruir las periodizaciones mismas. Así, por ejemplo, la «guerra fría» no sería ya simplemente una etapa de las relaciones entre los dos Supergrandes de 1947 a los años 1960 sino que definiría el conjunto de las relaciones internacionales de la Segunda Guerra Mundial a 1989.

Sin duda, serán evocadas en este seminario las construcciones y reconstrucciones de la memoria y por tanto no hablaré aquí de ello. Querría volver al punto de partida de esa característica fundamental de todo acontecimiento histórico: la de que éste no existe fuera de su representación, trátase de la narración de los testigos o de la narración histórica, es decir, la de que no es observable por el mero ojo desnudo sino mediatizado siempre por la lengua, que no existe fuera de su reconstrucción. A esta *construcción del acontecimiento* voy a referirme para acabar, en cuanto que ésta tiene para el historiador como objetivo la ruptura de la ilusión de realidad que preside toda diferenciación en el seno del tiempo, la salida de la cronología natural, el establecimiento de una distancia crítica que revelará o dará su sentido, sus múltiples sentidos, al acontecimiento. Se puede definir tal construcción como una experimentación histórica, de la misma naturaleza y fundada sobre los mismos principios que la experimentación científica, según la cual no existe jamás observación en estado puro, sino siempre observación provocada. Así, inspirándose en el método de la «descripción densa» propugnado por antropólogos como Clifford Geertz, o defensores de «la historia a ras del suelo» como Jacques Revel, Andreas Suter propone en un artículo en *Annales* aplicar a la lectura del acontecimiento la técnica del «ralenti», doble movimiento de expansión en el espacio y de retardo en el tiempo: «frena de tal manera la cronología natural que el desenvolvimiento de la acción es mucho más perceptible». Otros artefactos, como el comparatismo o el ideal-typus weberiano, pueden también servir de útiles de experimentación, especialmente para separar modelos, formas, repertorios de comportamientos.

Personalmente, yo me dedicaría a otro tipo de experimentación hablando de algunos ejercicios de periodización. Se trata de trastornar la cronología natural, de «traicionar el tiempo», retomando el título de una obra muy sabia y muy irónica de Daniel Milo, que se ha convertido en promotor de una «historia-ficción» muy problemática²⁵. Reflexionando sobre los fines de siglo, definiendo el siglo como «un proyecto experimental abortado», Daniel Milo propone un juego muy edificante. ¿Y si se contara, sugiere, no ya a partir de la Encarnación de Cristo, sino a partir de la Pasión, descartando 33 años, edad supuesta de la muerte de Jesús, de la cronología cristiana? Manteniéndonos en la historia contemporánea, bascularían hacia el siglo XIX la Primera Guerra Mundial, vuelta a ser «Gran Guerra», las revoluciones rusas de 1917, reuniendo en el «siglo de las revoluciones» 1848 y 1871, las vanguardias científicas (Einstein, Freud), literarias y artísticas (Schoenberg, Picasso, Dada, Joyce, Kafka). En cuanto al siglo XX partiría del «crac» de 1929, la llegada al poder de Hitler y Stalin, el cine sonoro. El ejercicio es menos lúdico de lo que parece si lo refe-

²⁵ D. Milo: *Trahir le temps (Histoire)*. París, Belles Lettres, 1991.

rimos a los debates muy serios que se desarrollan actualmente sobre la fecha de comienzo del tercer milenio que demuestran hasta qué punto el siglo y, por consiguiente, el milenio son puras convenciones sociales. ¿2000, 2001? La cuestión es directamente económica y técnica para todos los ordenadores que si no han sido debidamente reprogramados retornarán a 1900. Y es política, quizás también ontológica, si se piensa en el Plan Universidades-2000, en el año jubilar del «Tertio millenio adveniente» anunciado para el año 2000: «el número redondo amortigua la ruptura»²⁶.

La periodización aparece, por tanto, bien como una hipótesis, un útil de pensamiento, que nos transporta menos a cualquier exactitud o veracidad científica que a la *Weltanschauung* de los contemporáneos y los historiadores. Yo extraería un último ejemplo de un artículo de Robert Ilbert, «El siglo quince de la Hégira», aparecido en *Vingtième Siècle*²⁷. El autor se interroga sobre la acumulación de acontecimientos que desgarran el mundo islámico en 1979: revolución iraní, acuerdos de Camp Davis entre Egipto e Israel, toma de rehenes en la Embajada americana en Teherán, intervención soviética en Afganistán, segunda crisis petrolera, toda una acumulación que cogió desprevenidos no solo a los intelectuales occidentales sino a los dirigentes políticos, especialmente americanos y rusos. Más tarde estos cambios del final de los años setenta han sido integrados por el análisis histórico. En definitiva, partiendo de un episodio más enigmático, la ocupación de los santos lugares de La Meca por las masas integristas luego masacradas por el poder saudita, Ilbert sugiere una cronología totalmente *exótica* según nuestras categorías. La ocupación de La Meca se ha producido el 20 de noviembre de 1979. El miércoles 21 es también el primer día del *siglo quince de la Hégira*. El acontecimiento no es lo que hace resurgir de las profundidades un subsuelo (la larga duración) de la creencia. Ilbert reorganiza las cronologías presentando el nuevo siglo como el alba de una nueva era para el islamismo, opuesta a un siglo XIV de la *Hégira* donde se han confundido en el mismo oprobio colonizaciones y luchas de liberación, que habría estado dominado por el retroceso del Islam.

Si se intenta, a modo de conclusión, volver sobre la interrogación inicial acerca de la relación específica entre la historia del tiempo presente y el concepto de acontecimiento, será preciso insistir aún en la idea, en alguna manera amenazada por la historia inmóvil, de que la historia es ante todo la exploración de los mecanismos temporales, el estudio de los procesos por los cuales se presenta lo nuevo. En este sentido no puede ser sino experimental. Retomando en su sentido más fuerte una expresión de Serge Bernstein, que se declara tentado a definir el tiempo presente como el periodo en el cual el historiador está sin cesar obligado a revisar sus interpretaciones, yo tendería a ver en la historia del

²⁶ Ph. Cibois ¿2000 o 2001? *Le Monde*, 12 de abril de 1997. (El autor alude a cuestiones de política universitaria francesa. Nota del traductor.)

²⁷ R. Ilbert, *Le quinzième siècle de l'Hégire*. VINGTIÈME SIÈCLE, REVUE D'HISTOIRE, n.º 17, enero-marzo 1988, pp. 3-19.

tiempo presente lo que los especialistas de la tectónica de placas llaman «zona de acreción», una zona en la que las placas tectónicas, encabalgándose, provocan un movimiento de gran escala por el cual los materiales no cesan de salir de, y de recaer en, las capas internas. Cómo no soñar con ese soberbio texto de Claude Magris, «Los raffles del tiempo», en *Danube*, donde se afirma que, más que en ninguna otra época histórica, «no hay un tren único del tiempo»²⁸. Vivimos como contemporáneos, dice, acontecimientos alejados, mientras que acontecimientos recientes se borran. El tiempo se alarga y se contrae, se hace grumos y se disuelve y toda tentativa de circunscribirlo en unidades torna éstas indefinibles e incommensurables. Lejos de convertir en vano el esfuerzo del historiador, esta constatación le asigna por el contrario la tarea esencial de rendir cuentas de lo que Ernst Bloch llamaba la no-contemporaneidad (*Ungleichzeitigkeit*) de lo contemporáneo.

[Traducción de Julio Aróstegui-Nieves García]

²⁸ C. Magris, *Danube*. París, L'Arpenteur, 1988, pp. 47-50.